

Mal de nieblas

Una vez ascendieron del Pabellón a casa, tras discutir en vano sobre el cambio de vida que Simón proponía, y comprobando éste cómo Nora volvía a pertrecharse cual centinela al pie del ventanal, vínole a la memoria el aviso reciente de las Autoridades Sanitarias acerca del temido Mal de nieblas, y en concreto ese eslogan funesto que advertía: *Este padecimiento del espíritu cívico, una vez contagiado y compartido, se convierte en letal.*

-No lo soporto, Nora –manifestó aprensivo-, tu curador lo tiene que saber. ¿No piensas visitarle? Está bien. No me queda otra opción que descender al mío a darle parte.

Afuera la pedrisca se tornaba huracán de polvo rojo. La intemperie bufaba como animal inmenso, herido, abandonado, y sin embargo ella parecía mirarla como si se tratase de un alto paraíso que le hubieran prohibido. Sin volver la cabeza, con un hilo de voz melancólico y drástico, Nora advirtió a su esposo:

-Si lo haces, Simón, me perderás.

-Si lo hago, Norita -dijo él conmovido-, es por nuestro futuro. Pero, cariño, mírate: ¿qué fue de aquella Nora que soñaba vivir en las entrañas de la más distinguida galería? ¿Qué fue de nuestros sueños?

Nora no respondió. Parapetó el semblante dentro de las cortinas de su lacia melena y prosiguió abismada en las rojas tinieblas del atroz temporal. Su mutismo acabó de irritar a Simón:

-¡No esperaré a mañana para hacerlo!

Dio un brinco del sofá. Se acercó a la despensa y abrió la portezuela de las harinas tónicas, se sirvió un miligramo en el anillo y lo aspiró de un golpe para darse el coraje necesario. Entró en el vestidor y se puso el gabán de las visitas, rescató de un cajón sus credenciales, las guardó en el bolsillo y atravesó el Salón rumbo al zaguán.

Ella seguía allí, asomada, mohína, testaruda.

No intentó convencerla por enésima vez. Abrió el escotillón, bajó un par de peldaños

resolutivamente y, antes de replegarlo sobre sí, dijo con amargura:

-Lo hago porque te quiero, no lo olvides.

Y por fin se marchó. Accedió por la rampa vecinal a la Arteria Central de los Sótanos Primos, después tomó el Ramal de la Estación, llegó al apeadero y, entre la muchedumbre que allí se arracimaba, aguardó a que llegara el primer montacargas colectivo.

Una vez cotejados en la computadora sus datos e historial, el curador le dijo protocolariamente:

-Exprésate, Simón. ¿Qué apuros te gobiernan esta vez?

-No son apuros míos -precisó el declarante-, sino de mi mujer, que en las últimas fechas no hace más que pensar en intemperies.

-¿No cambiasteis de casa todavía?

-Ese precisamente es el problema -reconoció Simón-, que si bien los ingresos nos dan para mudarnos, ella está empeñada en seguir habitando en casa antigua, de las que dan al exterior, y últimamente noto que le crece ese vicio de pegar la nariz al ventanal. Yo le digo “cariño, por favor, déjate de intemperies y ven aquí conmigo”, pero ella no me escucha, se queda embelesada mirando cómo arrecian nieblas o tempestades...

Tecléo el curador la información. Luego alzó su mirada por sobre la pantalla de la computadora e inquirió receloso:

-El ventanal que dices, ¿es sencillo?

-Por supuesto que no. Ya le he dicho que ingresos no nos faltan. El nuestro es ventanal reglamentario, de los de triple vidrio, que es que si así no fuera, no estaría yo aquí para contarlo.

-Claro, claro... Pero dime, Simón, aparte de inclemencias, ¿desde ese ventanal qué más se ve?

-Ya se lo puede figurar. Apenas se adivinan los contornos de las casas de enfrente, muchas de ellas en ruinas por no haber renovado los blindajes a tiempo.

-¿Únicamente eso?

-Sí, únicamente eso. Bueno, y en los días de clima sosegado, parece verse al fondo, pero muy,

muy al fondo, la pompa acorazada de la vieja ciudad ministerial.

-Entiendo. Y el curador de Nora, ¿está al corriente?

-¡Pero cómo va a estarlo si no quiere acudir! Cuando se lo propongo se le dispara el genio, me dice que soy yo, que somos yo y el mundo los que estamos enfermos, y como están prohibidas las visitas a curador ajeno, pues no he tenido otra que consultarle a usted.

-Y has hecho lo correcto, puedes estar seguro. Pero continuemos. Me vas a hablar ahora del ocio compartido. ¿Qué aficiones comunes mantenéis?

-¿Aficiones? Pues las propias de una pareja joven, qué sé yo... a veces paseamos por los sótanos mercantiles, a veces descendemos a los lúdicos, vamos al coliseo interactivo...

-Concrétame una muestra. La última jornada de recreo común, por poner un ejemplo, ¿a qué la dedicasteis?

Simón no precisó de hacer memoria.

-La última jornada tuvo lugar ayer. Si he de serle sincero –confesó-, no teníamos plan de descender. Como usted bien sabrá, iban a transmitir en la pared visora la llegada del hombre a las Simas del Núcleo, y yo, devoto como soy de las nuevas conquistas, no quería perdérmelo...

El curador seguía transcribiendo, mas no perdía ojo al declarante que, abrumado por tanta vigilancia, se le fueron los hilos de lo que iba narrando.

-Continúa, Simón –lo apremió el curador-, y no ahorres detalles. En la Central me piden que narres esa muestra.

-¿Cómo que en la Central? ¿Tan grave es el asunto? ¿No puede remediarse el problema de Nora con simple medicina que me recete usted?

-Pudiera ser, Simón, pudiera ser; mas será en este caso la Central quien decida. Por lo pronto, procura ser sincero. No creo necesario recordarte que, amén de la mentira, es de rango penal la ocultación.

Él había previsto tres o cuatro preguntas y, sin más, la receta de rigor, alguna sulpirina que pudiera mezclarle en la bebida a Nora sin que se diera cuenta. Pero nada de eso. Al parecer, la suma de los datos que el curador había cursado a la Central contenía algún tipo de indicio preocupante. ¿O

a ver por qué razón decidía ocuparse del caso la Central? ¿Por qué le reclamaba una muestra prolija, una biopsia, en suma, de su vida con Nora?

-Por supuesto que no es necesario –certificó Simón simulando entereza-: sé de mis libertades y mis obligaciones.

-Celebro que así sea. Continúa.

-Como le iba diciendo, nos quedamos en casa para ver el evento. Subí algunos refrescos y alguna chuchería oxigenada de esas que a Nora siempre le chiflaron. “¡Esto va a ser histórico, Norita!”, recuerdo que le dije, pero ella no quería chucherías ni eventos, ella sólo quería permanecer allí, de pie en el ventanal. El caso es que de pronto sobrevino un estruendo, un impacto terrible que hizo temblar la casa: me vi catapultado del tresillo, reboté en la pantalla de la pared visora y terminé rodando por el caucho alfombrado... ¡Era una Piedra-Madre!, ¿sabe usted?, ¡y apenas diez jornadas después de que cayera la anterior! Menos mal que en la última reforma acolchamos los muebles y los atornillamos en el piso, que de no ser así...

Simón hizo una pausa. Tenía tan reciente el sobresalto que precisó llenar los pulmones de aire remozado. El curador, atento, sacó de algún lugar su bombona de mano y le invitó a un respiro. Una vez aliviado el declarante, aquél le conminó a que prosiguiera:

-¿Y después? ¿Cuál fue la reacción de tu mujer?

-Cuando el temblor cesó, ella seguía allí, de pie en el ventanal, como si aquel impacto no hubiera acontecido. Yo y mis huesos nos fuimos a parar a la pared frontera, que era donde me hallaba recostado, dolorido y confuso... Lo primero que pude fue pronunciar su nombre, “Nora”, dije, y sólo entonces ella se volvió, vino hacia mí serena, se acuclilló para decirme que tranquilo, que todo había pasado... ¡Tenía una mirada tan extraña!

-¡Defínela! –ordenó el curador-. ¿Viste el Mal en sus ojos?

Agachó la cabeza el declarante.

-Vamos, Simón, ¿qué ocurre? ¿La culpa te enmudece?

-Tiene que hacerse cargo –le respondió Simón acobardado-. Siento que, de algún modo, traiciono a mi mujer...

-Pues claro que la traicionas –convino comprensivo el curador, que le arrimó de nuevo su bombona de mano-, pero eso es algo que sin duda te honra, pues no hay acto de amor más absoluto, ni una actitud más ética y más cívica que la traición piadosa. Así que nada temas y responde, Simón: ¿viste el Mal en sus ojos?

Se recreó Simón en el respiro dado, y por fin declaró:

-No, aún no. Vi en su mirada un brillo como de hermanamiento con la inclemencia externa, cierto es, pero eso, créame, duró apenas un cuarto de respiro, además de que yo, todavía aturdido por los golpes, preferí deducir que era un delirio mío pasajero; no le di otra importancia, se lo juro, no pensé que...

-Está bien, está bien, te creo; mas te agradecería que no alargaras tanto con justificaciones el relato. Céntrate en el vosotros: ¿qué sucedió después?

-Una vez que pasaron los pavores de aquella sacudida –prosiguió-, nos pusimos de acuerdo para poner en orden aquel desbarajuste: la librería entera, todos los cachivaches de las estanterías se habían venido abajo... Lo que más me irritó fue comprobar que se habían chafado todas las conexiones, que nada funcionaba, ni la pared visora, ni la máquina lúdica, ¡nada!, y que siendo jornada de recreo común en el distrito, no procedía avisar a ningún operario. Por eso, cuando por fin estuvo todo en orden, no habiendo diversiones en la casa, le propuse a mi esposa descender.

-¿Acaso ella accedió? –dijo escépticamente el curador.

-Pues sí, e incluso le noté cierta euforia en el rostro cuando se lo propuse, aunque también es cierto que me puso una cláusula extrañísima: “Si bajamos”, rogó, “que sea al Pabellón”. ¡De repente, su voz era tan dulce como en los viejos ciclos en que nos conocimos!

-¿El Pabellón, has dicho? ¿Qué Pabellón es ese?

-El Pabellón del Mar, ya sabe... en el Museo de la Intemperie.

-¡Acabáramos! ¿Y acaso tú no sabes que esos antros temáticos lindan con lo ilegal? ¿Ignoras que la ley es inflexible con aquel que incitara a un enfermo del Mal a acudir a tal sitio?

-Juro que no incité.

-Pero sí concediste, ¿verdad?

-Sí, claro que concedí, pero se lo repito: yo aún no sospechaba que estuviera afectada de esa lacra. Verá, no le voy a negar que acudir al Museo se me antojó un capricho extravagante, pero compréndame, Nora es lo que más quiero en este mundo, y después de saberla con el ánimo huraño en las últimas fechas, no supe decir no cuando me lo pidió de esa dulce manera. Pero yo le aseguro – añadió en su descargo plantándose en el pecho la palma de la mano- que de haber elegido por mi cuenta el destino, hubiera preferido con grandísimo gusto acudir a la Plaza del Sótano Cuarenta, que es adonde el distrito instaló el monitor descomunal para ver el evento mezclado en el gentío y hacer patria...

-¡Déjate de alegatos personales y cíñete a los hechos! Cuéntame cómo os fue dentro del Pabellón.

-Mal, curador, muy mal. Allí fue donde tuve las primeras sospechas de que Nora pudiera estar enferma, pues la vi demasiado fascinada con aquella mentira virtual. Que sí, que hay que reconocer que al principio resulta placentero lo de pisar descalzo esa cosa que llaman arena caliente, y es verdad que encandilan los colores tan vivos y tan centelleantes, aquel foco de fuego allá en lo alto o el rumor de las olas que vienen y que van; pero qué quiere que le diga, todo esto muy pronto se convierte en fastidio o en sopor: la arena se termina metiendo en los rincones más íntimos del cuerpo; los dichosos colores, de estar tan encendidos por el astro de pega, se acaban transformando en molesto deslumbre, y las olas, es cierto, van y vienen, y van, y vienen otra vez y se vuelven a ir para volver... Bah, pura monotonía para arrancar bostezos, pensé yo, pero lo que es mi esposa, una vez nos sentamos en la orilla del agua, se ensimismó en un gozo tan profundo que apenas distraía la mirada de ese insulso vaivén. Recuerdo que no había casi nadie dentro del Pabellón, apenas cuatro ancianos de aquellos que nacieron Antes del Cataclismo y que se habían sentado, lo mismo que nosotros, en la orilla a mirar. “Pero Nora, amor mío”, le dije a mi mujer, “entiendo que a esos viejos les guste esta antigualla, pero a ti...”, y ella me respondió con desvaríos, expresiones arcaicas como *sentir la brisa, mirar el horizonte, perderse en el azul* y otras por el estilo. Aquello me asustó, la verdad sea dicha, pues sé que esas nostalgias del idioma se tienen por un síntoma del Mal, y aunque sé que no es muy aconsejable, no vi otra alternativa que hacer oídos sordos e intentar regresarla de su

embelesamiento...

-¿Ah, sí? –preguntó con sarcasmo el curador-. ¿Te creíste capaz de tal hazaña? ¿Y qué estrategia usaste?

-Le traje a colación nuestra vida en precario, nuestra casa que, un día, así le dije, por más sofisticados que sean los blindajes, acabará en escombros de intemperie con nosotros adentro; le volví a recordar lo de comprar un hueco en Las Entrañas, que por fin nos llegaban los ahorros de los últimos ciclos para pagar entrada y escrituras, que estaba en nuestras manos cumplir el viejo sueño de vivir respirando un oxígeno vip, en una parcelita distinguida, con su ascensor privado, su cúpula fulgente, su sótano de golf... Pero ella ni siquiera se dignaba mirarme, seguía obnubilada en aquel horizonte de pacotilla cuando dijo que no, que el oxígeno vip era alienante, fíjese, que el verdadero privilegio era seguir gozando la luz de la intemperie... ¡Menudos disparates salieron de su boca! Fue en aquellos instantes cuando me percaté de que Nora podía tener el Mal de nieblas y, como es mi deber y juramento, le confesé en el acto mis temores, le sugerí rendir una visita urgente al curador, pero ella se negó rotundamente...

-Eso ya me lo has dicho. ¿Y qué es lo que alegó?

-Pues eso, que éramos yo y el mundo los enfermos, que *lo suyo* no era enfermedad, sino clarividencia... sí, eso fue exactamente lo que dijo: *clarividencia*. Paradójicamente, curador, muy poquito después de que Nora soltara esa perla maligna, llegó a su fin el tiempo de visita: el foco se escondió detrás del agua, el rumor de las olas se extinguió y el paisaje se fue difuminando hasta que, de repente, nos vimos frente a un largo muro publicitario enmarcado en negrita dándonos el aviso de rigor, ya sabe, ese recordatorio de las Autoridades Sanitarias sobre lo pernicioso de la adicción a la intemperie, y aunque es obligatorio contemplarlo, ella cerró los ojos y siguió mascullando desatinos a los que no atendí, pues yo, respetuosamente, sí me di a mi deber de contemplar. Pero juro que luego, fuera de aquel lugar, durante el largo tramo a la estación y en el lapso de ascenso en montacargas hasta el Sótano Primo, me empeñé en persuadirla de que había incubado el Mal de nieblas y que, en vez de subir camino a casa, tendríamos que haber descendido a los Ámbitos Salubres a que le escudriñara los humores su señor curador de cabecera, mil veces se lo dije, pero

nada, que no entraba en razón; iba tan enfrascada en su mala quimera, tan adentro de sí y a la vez tan ansiosa que no quiso escucharme ni decirme, sólo quería llegar cuanto antes a casa, ¿y sabe para qué? ¡Para seguir mirando la maldita intemperie que tenemos detrás del ventanal! Entonces decidí que...

-Basta, Simón, no es preciso que sigas. En la Central me dicen que la muestra ya es más que generosa.

Tecléo el curador las postreras palabras de la declaración, así como el anexo donde se codifican inflexiones del habla, varianzas de muecas y otros indicadores del grado de franqueza. De seguido, cursó la información a la Central y recabó un dictamen que no tardó en poblar el monitor. Conforme el curador procedía a leerlo para sí, el bueno de Simón observó con angustia que, progresivamente, se le curvaba el ceño, le crecía en los labios un puchero de nefastos presagios...

-Por favor, dígame -le suplico-: ¿es grave ese dictamen?

Ya había terminado el curador la lectura del mismo, mas no respondió nada todavía. Sólo dijo:

-Aguarda aquí un instante.

Se acercó a los estantes de farmacia y en breve regresó con un envase de cuarenta unidades que soltó bruscamente sobre la mesa de consulta:

Sulpirina 500mg

¡Sulpirinas! No cupo en sí de gozo cuando supo tan leve el tratamiento que su esposa debía recibir, mas le dieron un vuelco las euforias cuando vino a aclararle el curador:

-Son para ti, Simón.

-¿Para mí? ¿Cómo que para mí? ¿Acaso tengo síntomas del Mal?

-No. Síntomas aún no tienes, pero de tu discurso se desprende que ya estás incubando cierta misantropía, y de ella a los humores veleidosos que traen el Mal de nieblas, muy poco trecho hay. Así que haz el favor de llevarte esa caja: tendrás que hacer dos tomas por jornada, una antes, y otra después del sueño.

Simón obedeció a regañadientes. Guardó las sulpirinas en el bolsillo bajo del gabán, y

preguntó escamado:

-Pero, entonces... ¿Cuál será el tratamiento para Nora?

-Me temo que tu esposa necesita remedios más severos –respondió secamente el curador-. La Central ha dispuesto que sea revertida.

-¿Revertida? –le preguntó Simón despavorido-. ¿Cuántos ciclos?

-Como mínimo diez.

-¿Pero qué está diciendo? ¡Diez ciclos! ¡Aún no llevamos ocho de pareja! Si la revierten diez... ¿me va a reconocer? ¿Es que no se da cuenta, curador? ¡Voy a ser un extraño para ella!

-Lo lamento, Simón: la reversión la dicta la Central, no admite apelaciones ni descuentos y será ejecutada de inmediato.

Simón se levantó súbitamente.

-¿Cuándo? ¿Cuándo irán a buscarla?

-Dada la gravedad de su contagio –calculó el curador-, me temo que estarán ya de camino.

-¡No pueden hacer eso!

-¿Qué cosa?

-¡Despojarnos así del pasado común, a traición, sin derecho al consuelo de habernos despedido!

El curador trató de resignarlo:

-Vamos, Simón, recuerda que en apenas dos jornadas tendrás a Nora en casa...

-¡Ya, ya sé que la tendré –dijo Simón furioso-; la cuestión es el cómo: diez ciclos desmemoriada! ¡No! ¡Antes que la reviertan he de mirarme en ella!

No esperó a recibir el beneplácito. Salió del locutorio y cruzó a la carrera la red de pasadizos y túneles rotundos, llegó a la Gran Arteria y utilizó un carril del atajo mecánico. Ya en el apeadero, rehusó el montacargas colectivo (las noventa estaciones con transbordo, la avalancha de gente en las paradas de los sótanos lúdicos, la exasperante lentitud) y pagó una fortuna por viajar en uno de peaje, sin escalas, que pudiera subirlo vertiginosamente a los Sótanos Primos.

Cuando llegó a la rampa vecinal se topó nada menos que con tres corpulentos funcionarios del Servicio Salubre, más otro que bajaba en ese instante por el escotillón de su vivienda.

-¿Dónde está mi mujer? –les preguntó Simón con la esperanza exhausta-. ¿Acaso ya no se la llevan?

Los cuatro funcionarios lo miraron con lástima.

-Su mujer se ha fugado –informó uno de ellos-. Cuando entramos ya estaba subida a la escalera que da a la claraboya; al vernos abrió ésta y se marchó. Eso es todo.

-¿Cómo que se marchó? ¿Y ustedes no hicieron nada?

-No –respondió circunspecto el funcionario-. Como dice la ley, nuestra jurisdicción acaba aquí, *claraboyas adentro*.

Dicho lo cual mostró sus condolencias, le orientó sobre plazos y trámites futuros, saludó marcialmente y marchó rampa abajo junto a sus compañeros.

Consternado, Simón ascendió a casa. Cuando entró en el salón no se quitó el gabán ni activó los halógenos fanales; atravesó despacio las cárdenas penumbras, llegó hasta el ventanal y se dio a la patética esperanza de divisar a Nora en la intemperie, inmune a la pedrisca que de nuevo azotaba el triple vidrio. Pero pronto empezó a mortificarse: la imaginó lisiada, comida por las cáusticas atmósferas, desleída en el fondo del barrizal hirviente que bajaba en riada..., y tuvo que rendirse a la cruda evidencia de que no la vería nunca más. Agachó resignado la cabeza. Se dio la media vuelta, se dirigió a la alcoba con la sola intención de derrumbar sus penas en el catre, pero no había dado cuatro pasos, cuando se iluminaron las paredes y un golpeteo urgente de nudillos resonó tras de sí. Se volvió y era ella, detrás del ventanal, quien lo estaba llamando alborozada; agitaba una mano como diciendo ven, ven conmigo, Simón, la intemperie es amable, mírala..., y así fue cómo él, embaucado por tal aparición, contempló la intemperie y creyó ver en ella, no ese infierno perenne y vengativo que los hombres antiguos habían engendrado, sino un edén cuajado de colores tan vivos, tan sospechosamente *naturales* que, de seguir mirándolos, iban a embelesarlo como hicieron con Nora. Por eso, y aunque fue doloroso decidirlo, echó mano al bolsillo del gabán.

Vencejo

Ermuko Udal Liburutegia / Biblioteca Municipal de Ermua

Ermuko Udal Liburutegia / Biblioteca Municipal de Ermua

Ermuko Udal Liburutegia / Biblioteca Municipal de Ermua

Ermuko Udal Liburutegia / Biblioteca Municipal de Ermua

Ermuko Udal Liburutegia / Biblioteca Municipal de Ermua